

DE DOMINGO A DOMINGO

## FERIA E INDUSTRIA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

EN LA Feria del Pacífico, que por segunda vez se convoca en Lima, es necesario ver algo que, tal vez porque las numerosas gentes que acuden a ella la visitan sólo como espectáculo, como mera exposición, puede pasar inadvertido. Es la estricta relación que existe entre la industrialización y el bienestar de que gozan los países en donde aquélla ha llegado a su mayor desarrollo y rendimiento. Que esta cita mundial se realice en una nación subdesarrollada, anclada aún en el status de la más primaria agricultura y de la operación meramente extractiva, tiene mucha significación. El mundo industrial busca mercados, se expande en una suerte de conquista por el comercio, primero porque su dinámica exige un más vasto consumo y luego porque con el fin de lograr para los propios consumidores de cada país un mejoramiento creciente, es preciso multiplicar la producción en todas sus posibilidades. Feria es mercado y es, por ende, competencia. Dentro de la estructura económica en que vivimos, la muestra de la Avenida de la Marina es principalmente la apelación de las naciones fuertes, que fabrican todo aquello que a nosotros nos hace falta, a que seamos sus clientes. La acelerada automatización —fenómeno de nuestro tiempo, que ahorra esfuerzos e incrementa la obra de la máquina hasta un punto innumerable— impone estas salidas al mundo marginal, que todavía no es suficiente a sí mismo.

NO SE trata, por cierto, de postular una beatería de la mecanización, ni de librar a la industria todas las esperanzas, como si ella fuera, como la ciencia en el siglo XIX, un nuevo dios. Es, simplemente, el reconocimiento de un hecho, palpable sin demasiado esfuerzo: no hay progreso, no hay bienestar, no hay —en buena cuenta— cultura, si no existe una complementación, leal y humana de otra parte, entre la industria y la vida humana. Ser un país meramente agro-pecuario o un país minero que provee a otros países de la materia prima, y nada más, para luego rescatar esa misma materia prima convertida en objetos elaborados, inmediatamente útiles para la existencia, es hallarse fuera de la civilización, fuera de la historia. El nivel económico de un país crea condiciones especiales para la acomodación del hombre en el cosmos, en la sociedad, en sí propio. Determina hasta la psicología y la moral individuales y colectivas. De ahí que la aspiración de todo gobierno consciente sea, en esta época, sacar al pueblo de su rutina primitiva —es decir, de su estado de simple abastecedor de materiales brutos— para proyectarlo a esa forma de la creación que es la industria. Sólo los intereses de casta o camarilla procuran alejar a las multitudes de una certeza que se impone tan objetivamente en certámenes que, como la actual Feria del Pacífico, hacen inconcusa la relación industria-progreso.

INCLUSIVE políticamente la industrialización de una nación se refleja en los hechos visibles y netos del acontecer público. La democracia, la justicia social, la igualdad de oportunidades de que debe gozar el hombre para alcanzar el puesto que merece en la vida social, se establecen —no sin luchas, por supuesto, pero victoriosamente al fin y al cabo—, ahí donde actúan el hombre del campo mecanizado y el vinculado a la fábrica de cualquier modo, con más facilidad que en las comunidades sometidas a un anacrónico feudalismo. Es la voluntad de quienes trabajan la que resulta, a la postre, la voluntad nacional, y no, como sucede entre nosotros, que el capricho de unos cuantos deviene ley. Hay que acudir a la Feria del Pacífico para recibir esta lección de contemporaneidad, que el encierro en las cuatro paredes de un régimen oligárquico oculta a aquellos a los que no llega el libro esclarecedor y, menos aún, el testimonio vivo del viaje, que abre los horizontes y descorre el velo de una realidad universal.